

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 12 de Julio de 1917.

Número 28.

EL MOTÍN
PERIODICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Veraneo intelectual

No he veraneado nunca para higienizarme y descansar, y voy á hacerlo este año sin moverme de casa, propinándome tres ó cuatro semanas de poco trabajo. No pudiendo decir lo que pienso, prefiero reproducir lo que he dicho.

Como el número anterior salí del apuro con dos columnas escasas, le he tomado gusto al procedimiento, y voy en éste á publicar otro de mis engendros teatrales: *El primer aniversario*. De este modo holgazanearé otra semana, ó me dedicaré á rezar tranquilamente por el alma de mis difuntos.

Aunque me he enterado tarde, reconozco hoy que el descanso es una gran cosa, como de origen divino el fin. Y voy á probarlo con la mismísima Biblia.

Ocurriósele á Dios, después de pasarse una eternidad sin hacer nada, construir el mundo y sus arrabales; trabajó durante seis días, y al séptimo dijo: «¡ahí queda el costel!», y se retiró á descansar. Y no ha vuelto á dar una peonada, al menos que yo sepa.

Por lo tanto, no creo que sea en mí desmérito, sino perfección, el imitarle en esto durante tres ó cuatro semanas, puesto que es padre mío, según me aseguran, estoy hecho á su imagen y semejanza, y bien haya quien á los suyos se parece.

Lo único que en este asunto me molesta y sonroja, es coincidir con los frailes, y confesar que entienden como nadie las ventajas del descanso, y no del accidental, sino del perpetuo.

Huyendo del azadón, la manquera, la garlopa, el tirapié, etc., etc., entran en el convento. Y ya pueden hablarles de que es virtud el ganarse el pan con el sudor de la frente propia, pues contestan que el trabajo es castigo impuesto por Dios al hombre, y que quien no teme al trabajo, no teme á Dios.

Y puede que tengan razón, puesto que yo no le temo. —J. N.

EL PRIMER ANIVERSARIO

CUADRO DRAMATICO

BASADO EN UN CUENTO DE

D. PEDRO A. DE ALARCON

EN UN ACTO Y EN VERSO

ACTO UNICO

Silon espacioso. Puerta al foro que permita ver parte de un mostrador y dos laterales á derecha é izquierda. Mesa grande en el centro rodeada de sillas, con platos, vasos y botellas. Botes y demás utensilios propios de la casa de un boticario.

ESCENA PRIMERA

MARÍA, RAFAEL

Raf. ¿Cómo, viendo lo que ves, pretendes que permanezca más tiempo aquí? ¿O imaginas que no corre por mis venas sangre española?

María Perdóname, si sólo á mi dicha atenta, he vertido alguna frase imprudente. Considera que te amo, y que si pierdes en la lucha la existencia...

Raf. Tal día un año.

María ¡Eres tan joven!...

Raf. De mi edad tu hermano era cuando se batió...

María Y murió.

Raf. No todo el que va á la guerra pierde la vida. Además, entre sucumbir en ella cumpliendo con un deber que me enaltece y eleva, ó permanecer aquí presenciando estas vergüenzas no es dudosa la elección.

María No te entiendo.

Raf. Si supieras lo que en el pueblo se dice de tu padre, porque obsequia á los franceses, tú misma me ordenaras que me fuera.

María ¡Que á abandonarme te obligue una causa tan pequeña!

Raf. Si escuchar á esa canalla jactarse de sus proezas, burlarse de nuestras leyes, insultar nuestras creencias y alabarse de que pronto España será francesa, sin que tu padre al oírlo proteste de sus ofensas, es causa pequeña, entonces, ¿cuál fuera grande?

María Si oyeras al abogado que vive en la calle de la Iglesia, de otra manera pensarás, hablaras de otra manera.

Raf. ¿Pues qué dice?

María Que es inútil y torpe la resistencia de España; que los franceses la libertad representan; que sus leyes y costumbres son mejores que las nuestras; que el pueblo donde dominan se engrandece y regenera, y no sé qué más.

Raf. ¿Por qué, ya que tiene esas ideas, no se va á Francia?

(Entra una mujer en la botica. Rafael sale.)

Mujer ¿Está eso?

Raf. (Rafael le entrega un frasco.)

Una peseta.

Mujer ¡Si hubiera otra botica!...

María (¡Dios! míot!)

Mujer (Dándole la peseta.)
Que le sirva para velas al boticario.

Raf. ¿Has oído?

Pues como la mujer esa hablan todos en el pueblo.

María ¡Qué mudanza tan completa!

¡Tanto como le querían!

Raf. En ser amigo se empeña de los franceses, y... vamos, ¿qué me dices de esta fiesta?

(Señalando á la mesa.)

¡y hoy precisamente, al año de la jornada sangrienta del Dos de Mayo en Madrid. convidarlos!

María ¡Triste fecha!

Raf. ¡Y tan triste! En aquel día, y por la chusma extranjera, fué fusilado Manuel, tu hermano... Su hijo... ¡Qué [exequias

le prepar

María Te confieso que no adivino...

Raf. ¡Qué afrenta para todos!

(Asaltado por una idea.)

¿Para todos?

Lo será para quien sea, no para mí.

(Hace ademán de marcharse.)

María ¿Dónde vas?

Raf. Donde sospechar no puedan que he sancionado este acto infame con mi presencia.

María Dime, ¿por qué no le hablas? Acaso le convencieras.

Raf. Le hablaré, no porque abrigue la esperanza de que ceda, sino por a gratitud que le debo.

María Aquí se acerca,

Rafael, tu vida es mi vida.
Recuérdalo y ten prudencia.

ESCENA II

DICHOS, D. AGUSTÍN, FRAY PEDRO, foro

Fr. P. (Sin ver á Rafael y María.)
No lo harás.

Agus. Lo haré.

Fr. P. Veremos.

Agus. (Reparando en ellos.)

(Silencio.)

Fr. P. ¿Aquí la pareja?

(D. Agustín les indica que salgan.)

¿Os retiráis?

Agus. Se retiran.

María (Señalando á Rafael.)

Padre, deciros desea
no sé qué...

Agus. Luego.

(Vase María lateral izquierda
y Rafael por el foro.)

ESCENA III

D. AGUSTÍN, FRAY PEDRO

Fr. P. Es preciso
avisarles que no vengan.

Agus. De ningún modo

Fr. P. ¿Por qué?

Agus. Porque no.

Fr. P. Me desesperan,
no, que eso es poco—me

[indigran

tus lacónicas respuestas.

Aunque sea para decirme

que ver á España deseas

deshonrada, y á sus hijos

sucumbir por defenderla,

habla. Abandona esa fría

y feroz indiferencia.

Ten la grandeza del crimen,

que el crimen tiene grandeza.

Pero me exalto. Perdóname.

y hablemos con calma. Acerca

esa silla. Bien. Ahora.

me dirás qué objeto llevas

al convidarlos.

Agus. Ninguno.

Fr. P. Habla con toda franqueza.

Agus. Déjame.

Fr. P. ¿Pero no tienes
ni una disculpa siquiera?

Agus. No.

Fr. P. Estás loco, y tu locura

va con tu deshonra envuelta.

(Pausa.)

¿Eres tú quien hace un año

enagenaba su hacienda

para armar á los que al grito

de patria y de independencia

iban á verter su sangre

en la desigual contienda?

Agus. Yo soy.

Fr. P. Y el que no encontraba

palabras bastante enérgicas

que aplicar á los traidores

afrancesados? Contesta,

Agus. Yo soy.

Fr. P. Y el que—te suplico

si el recuerdo te molsta,

que me perdones—el que

al saber la triste nueva

de la muerte de tu hijo,

exclamó con entereza:

«¡Mas hijos!, y para todos,
una muerte como esa?»

Agus. Yo soy.

Fr. P. Desmiénteme. Así
probarás que tu conciencia
te acusa.

Agus. ¡Si es cierto!

Fr. P. Nada,

ni avergonzado lo niega.

Dimn la razón al menos

de mudanza tan completa.

Agus. De consejo muda el sabio.

Fr. P. Nunca la máxima esa

sirve en los casos de honra

de disculpa á la flaqueza.

Agus. El patriotismo...

Fr. P. Es la vida
de los pueblos: haz que muera,
y sucumben.

Agus. También es

causa de crímenes...

Fr. P. ¡Cesa!

Exterminar al contrario

que á exterminarnos se apresta

sin reparar en los medios,

hay muchos que lo reprueban

si no sufren de la lucha

las terribles consecuencias;

pero cuando el enemigo

su egoísta reposo altera,

todos hacen un derecho

de la astucia y de la fuerza.

¿Ves á la Francia que hoy

nuestro proceder condena?

Pues á encontrarse mañana

por otra nación sujeta,

hablara como aquí hablamos,

lo que hoy hacemos hiciera;

y si sus hijos dudasen

en lanzarse á la pelea,

nuestro rudo patriotismo

como ejemplo les pusiera.

Mas le estoy hablando de esto

á quien desde edad muy tierna

le entusiasmaban las glorias

de nuestra patria. ¿Te acuerdas

de la tarde en que leíamos

la inconcebible defensa

de Numancia? Nos siras lágrimas

sobre la página abierta

se unieron. De noble orgullo

y de entusiasmo eran pruebas.

Numancia á un lado, á otro Roma...

¡Sólo decirlo es grandeza!

Dentro una palabra: ¡patria!

valientes legiones fuera.

Niños, jóvenes, ancianos

y mujeres en la brecha...

ejércitos que sucumben...

Roma, la altiva, que tiembla...

ensangrentados espectros

que el hambre y la peste dizman...

cadáveres que sostienen

las vidas de los que alientan...

madres que agarran sus hijos

y se arrojan á la hoguera...

huesos que el fuego calcina...

cenizas que el viento lleva,

y siglos arrodillados

ante aquella tumba inmensa!

¡Oh, Agustín! Si recordases

tan inolvidable escena,

y sintieras, cual lo siento,

que en nuestros pechos golpea

la sangre de aquellos héroes,

tus nobles brazos me abrieras,
y como entonces tus lágrimas
á mis lágrimas se unieran.

Agus. (Arrojándose en sus brazos.)

¡Pedro!

Fr. P. Eres el mismo. Corro

á decirles que no vengan.

Agus. ¿A quienes?

(Desprendiéndose de sus brazos.)

Fr. P. A los franceses.

Agus. No, no.

Fr. P. ¿Tu entusiasmo?...

Agus. Era

la magia de los recuerdos

de aquella edad de inocencia.

Acabemos. Los minutos

tengo contados.

Fr. P. Observa...

Agus. Es mi voluntad, y basta.

Fr. P. Siempre el mismo. No hacen mella

en tu carácter los años,

mas yo haré que retrocedas.

Agus. Te equivocas. (Desde foro llamando)

¡Rafael!

Fr. P. Volveré.

Agus. Vuelve... ó no vuelvas.

ESCENA IV

AGUSTÍN, RAFAEL

Agus. Según me dijo María,
quieres hablarme.

Raf. Sí.

Agus. Empieza,

y sé breve, que también

quiero hablarte. Y por si llegan

y nos interrumpen, oye

y responde con franqueza.

¿Amas á mi hija?

Saf. Yo...

Agus. ¿Sí?

¿No es eso? Que te ama ella,

ya lo sé.

Raf. La amo.

Agus. Pues bien;

como mañana pudiera

por una ó por otra causa

quedar sin apoyo y huérfana,

te ruego que no dilates

la boda.

Raf. ¡Señor!...

Agus. Es buena

y te adora. Yo la dejo

para vivir con decencia,

y tú... ¿Qué miro? ¿Vacilas?

¿Qué te sucede? Contesta.

¿No me has dicho que la amabas?

Raf. Es... que me voy á la guerra.

Agus. ¡A la guerra!

(Queda abstraído sin escuchar á Rafael.)

Raf. España lucha

y es mi deber defenderla.

Quiero seguir el ejemplo

de Manuel; y si pudiera

morir como él, contemplando

teñida en sangre francesa

la bandera de la patria,

lleno de gozo muriera:

Agus. Puedes marcharte.

Raf. Señor,

bendecidme.

Agus. Al que pelea

por la patria, le bendicen.

los que sucumben por ella.

(Vase Rafael.)

Agus. Hoy piensa así: de seguro
que mañana así no piensa.
¡María!

ESCENA V.

D. AGUSTÍN, MARÍA

María Padre, ¡se va!
Agus. Eso dice; y convencido
de que en vano hubiera sido,
no le he suplicado...
María ¡Ah!
¡Abandonarnos así
cuando le queremos tanto!
Agus. ¡No llores!
María ¡Si me ahoga el llanto!
¿Y por qué se va de aquí?
¡Ay de mí!
Agus. Su decisión
es justa, y no la condeno.
Quiere luchar como bueno
por la honra de su nación.
María ¡Y yo, padre, que pensaba
pasar la vida a su lado!
Hasta con ello he soñado;
os diré lo que soñaba.
Soñaba con alegría,
que en un pequeño lugar
a corto trecho del mar,
él con nosotros vivía.
Muchos árboles, y pocas
pero elevadas montañas,
y de ladrillo y de cañas
una casa entre las rocas.
Por la mañana temprano
íbamos juntos los tres
a mirar a nuestros pies
estrellarse el Océano,
y allí, libre de inquietud,
de las olas al rumor
recordábais con amor
vuestra honrada juventud.
Por la noche, en santa calma
y con misterioso anhelo,
hablábamos, viendo el cielo,
de Dios, del mundo y del alma,
indescifrables arcanos
para la ignorancia mía.
¡La discusión concluía
cruzando los tres las manos!
Que en torno de aquel rincón
ni una lágrima brotase
sin que el amor la enjugase,
tal era nuestra ambición.
Y así las horas pasaban
y así los años corrían,
alegres cuando venían,
alegres cuando marchaban...
Agus. (Que ha escuchado a su hija con visib'e
emoción.)
(Presentar al que se ahoga
la tabla de salvación!
No la agarres, corazón,
boga hacia tu playa, boga.)
María Toda la felicidad
que puede el mundo ofrecer
a los que encuentran placer
en oscura soledad,
disfrutábamos allí.
¡Pura y apacible vida,
aunque soñada, querida,
y que por siempre perdí!
Agus. (Me abandona la razón.)
(Al corazón)
Al verte firme y entero

pensaba que eras de acero.
Te arrancaba, corazón!

(Vase precipitadamente.)

María ¡Padre!... ¿Si le habrá ofendido
el que adora a Rafael,
ó temerá que por él
eche su amor en olvido?

ESCENA VI

MARÍA Y FRAY PEDRO

Fr. P. María...
María ¿Quién? ¡Ah!
Fr. P. ¿Estás sola?
María Sola.
Fr. P. ¿Y tu padre?
María Ahí adentro.
Fr. P. (En voz baja.) Evitar es necesario
que el convite tenga efecto.
María Mi padre...
Fr. P. Sin que te importe
su enojo, pon, hija, en juego
cuantos medios te sugiera
tu cariño.
María No comprendo...
Explicadme...
Fr. P. Si el convite
se verificase...
Agus. (Presentándose.) ¡Pedro!
(A María.)
Todo lo sabrás. Aléjate.

ESCENA VII

DICHOS, MENOS MARÍA

Agus. Ahora, sigue.
Fr. P. (Después de vacilar un momento.)
Sin rodeos.
Que preparas esa fiesta
se sabe ya en todo el pueblo.
Agus. ¿Y qué?
Fr. P. Que mucho me engaño,
ó intentan un atropello.
Agus. ¿Y eso es todo?
Fr. P. La ignorancia
no es el mejor consejero,
pero es muy tenaz, y lleva
a ejecución sus intentos.
Agus. Que los lleve.
Fr. P. Tu valor
lo sé bien, desprecia el riesgo;
pero tu hija...
Agus. Mi hija...
Fr. P. (Vacila. Este es el momento.)
Que te ama tanto, y no tiene
más amparo ni consuelo
que el tuyo...
Agus. Y el tuyo.
Fr. P. Sí...
(A replicarle no acierto.)
Agus. Es inútil tu insistencia,
ya lo sabes. No pretendo
disculparme. ¿Dices tú
que hago mal? Bien. Yo respeto
tu opinión, sígo la mía,
y... Haz lo mismo.
Fr. P. Es que no puedo
consentir que tú, mi amigo,
te expongas...
Agus. No hablemos de eso.
Fr. P. (Pausa.) ¡Convidarlos! ¿Y en
qué día?
Dime, Agustín, ¿el recuerdo
de las terribles escenas
que hoy hace un año ocurrieron,

no es bastante á disuadirte?
de tu insensato proyecto
Olvidas que hoy en España
todo es luto y todo es duelo,
y que el menor regocijo
es un insulto sangriento,
á los manes de las víctimas
que los franceses hicieron?
No temes que ya en la fiesta
recuerden la fecha ellos,
y entre rudas carcajadas
lancen con labio blasfemo
frases que hagan en sus tumbas
estremecerse á los muertos,
y que entonces tu conciencia
despertando de su sueño
arroje un grito que hiele
tu corazón en el pecho?
¿No piensas...? (Ruido en la botica.)

Agus. ¡Chist!...
Raf. (Hablando en la botica con la mujer
que llevó la medicina.)
La botella.
Mujer Cuanto se enteró el enfermo,
dijo: «¿Tomar medicinas
de un hereje? Antes me muero.»
Fr. P. ¿Oyes?
Agus. Calla.
Mujer Mi morido
es muy español.
Raf. ¡Silencio!
La peseta.
Mujer Estará negra;
dásela para el entierro.
Fr. P. Y á eso ¿qué dices? (Sale la mujer.)
Agus. Que el vulgo
sólo me inspira desprecio!
Fr. P. Pues ese que tú desprecias
lucha y muere con denuedo
por la libertad de todos,
y cuando llega el momento,
toca con los pies el fango,
llega con la frente al cielo.
La sangre del vulgo ese
salpica el ara del templo
de la gloria, confundida
con la tuya.
Agus. Calla, Pedro.
Fr. P. Con la sangre de tu hijo...
Jorge (Fuera.) ¡Ah de casa!
Fr. P. Aun queda tiempo
Agus. Adelante.
(Señalando á Pedro la puerta lateral
derecha.)
Por allí.
Fr. P. Una palabra.
Agus. Adiós, Pedro.
(Vase el fraile.)
(¡Siempre igual! Almas pequeñas,
ó corazones pequeños.)

ESCENA VIII

D. AGUSTÍN, JORGE

Jorge ¡Don Agustín!...
Agus. Capitán...
Jorge ¿Va bien?
Agus. Bien.
Jorge ¿Qué? ¿No han venido?
Agus. No.
Jorge Se habrán entretenido
jugando. No tardarán.
Agus. ¿Qué hay de nuevo?
Jorge Lo de ayer,
lo de siempre. Denodados,

nuestros valientes soldados aumentan nuestro poder. Pobre España, si se empeña en vencernos.

Agus. ¿Pobre España? (Transición.)

Es verdad.

Jorge ¡Cuánto se engaña!

Ya comprenderá que sueña. Agus. Lo dudo. Abundan aquí los Quijotes. Del hidalgo manchego conservan algo los españoles, y así como aquel en su locura todo lo desfiguraba y al peligro se arrojaba con indómita bravura, sin que cejara en su empeño al verse á palos molido, ni confesara rendido que luchaba por un sueño, asimismo si se empeñan en vencer á los franceses, aunque sufran mil reveses no comprenderán que sueñan. Al pasar yo el otro día por la plaza, estaba un hombre hablando de España en nombre y de esta suerte decía: «En donde el honor comienza todo acaba, y el honor hoy se funda en el valor: ó la guerra, ó la vergüenza. Tener, pues, es necesario por bandera el sacrificio, el batirse por oficio, y la España por salario.»

Jorge Basta.

Agus. (Exclamándose.)

«Son muchos? Mejor, así mataremos más. ¿Son valientes además? Pues verán lo que es valor. Si el mundo juzga imposible resistir á ese torrente, decidle al mundo que miente, porque España es invencible.»

Jorge Basta ya.

Agus. «¿Queréis ejemplos? De hinojos ante la historia y en sus páginas de gloria, que son de la patria templos, veréis millones de altares alzados al heroísmo y santos del patriotismo á millares de millares.»

Jorge Basta, basta.

Agus. «A combatir sin pararse á descansar. La misión de hoy es luchar; la de mañana morir. Y antes, pueblo, que sucumbas da cima á hechos tan grandiosos, que tus padres, orgullosos te aplaudan desde sus tumbas.»

Jorge ¡Por Cristo!

Agus. «Y si no te arredras, verás que el triunfo se alcanza si no con fusil, con lanza; si no con palos, con piedras.»

(Transición.)

Esto aquel hombre decía con acento penetrante, y esto la turba ignorante entusiasmada aplaudía,

¡Oh, no merece, pensé, un pueblo tan... degradado, ser francés, y avergonzado de la plaza me alejé.

Mas dejando esta cuestión pequeña, al par que enojosa, ¿y la gente? ¿Será cosa de aplazar la colación?

Jorge De ningún modo, que voy á buscarlos uno á uno.

Agus. Sí, que no falte ninguno, que no falte, porque hoy...

(Señalando á la mesa.)

Jorge ¡Ya, ya! Buena batería. Lo entendéis.

Agus. ¿Que si lo entiendo? Ya lo veréis.

Jorge Lo estoy viendo.

Agus. No véis nada todavía.

Jorge Otra fiesta como esta y os tomarán por franceses.

Agus. Tengo un sentimiento.

Jorge ¿Y es?

Agus. Que no concurre á la fiesta el ejército invasor todo entero.

Jorge ¿Todo?

Agus. Sí.

Jorge Imposible.

Agus. Al verlo ahí de esa mesa en derredor prodigando libaciones, refiriendo sus hazañas, soñando en nuevas campañas al son de fieras canciones, tal placer recibiría, que de hinojos le sirviera y luego... luego... muriera gozándome en mi agonía.

Jorge Sois un gran hombre.

Agus. Procuro imitaros.

Jorge ¡Bien por Dios! Con diez hombres como vos, España, este país oscuro, tal vez llegara á ser algo.

Agus. Lo dudo. Aquí la rutina las acciones determina. Además, yo nada valgo...

(Asómase María por lateral derecha y el capitán la ve.)

ESCENA IX

DICHOS, MARÍA

Jorge Adelante.

Agus. ¿Quién?

María Creí hallaros solo...

Agus. (Bajo á María.) (Me extraña.;.)

Jorge Al terminar la campaña he de volver por aquí, á ver si esta niña hermosa acepta mi amor.

Agus. Si tal, y es doy palabra formal de que será vuestra esposa.

María Señor...

Agus. ¿Y esos, capitán, no vienen?

Jorge Tal vez me aguarden. Voy á ver.

Agus. Si, que no tarden.

Jorge Niña, adios. No tardarán.

ESCENA X

D. AGUSTÍN, MARÍA. Después RAFAEL

Agus. ¿A qué has venido?

María Señor, á deciros que se marcha en este instante.

Agus. ¿Quién?

María ¡El!

Agus. ¡Esta noche! Sin tardanza llámalo.

María (Asomándose a la botica.)

¡Ven, veo al punto!

Agus. (No pensé que hasta mañana...)

(Entra Rafael.)

¡Irte ahora! ¿Por qué no esperas al amanecer?

Raf. Por...

Agus. Habla.

Raf. Por no ver ese convite.

Agus. No es esa razón fundada.

María Eso digo yo. ¡Dejarnos por si vienen á esta casa los franceses!

Agus. ¡Qué! ¿Qué dices?

María (A Rafael.) P... que no lo ignoraba.

Agus. ¿Es cierto?

Raf. Sí.

Agus. (Penativo.) Pues entonces...

Raf. La verdad, no tengo calma para ver á esa gentuza estrechar su mano honrada. La indignación me sofoca, mi corazón de ira estalla y mi mano en el vacío busca temblorosa un arma.

Agus. Un favor.

Raf. Si es que me quedo...

Agus. Espera á la madrugada.

Raf. No puedo.

María ¡Por mí!

Agus. A las doce de la noche. A las diez. Pasas ese tiempo en otra parte; vuelves, me ves y te marchas.

Raf. Bien.

María Gracias.

Agus. Se acercan. Vete. Y tú también. Cuando salgas cierra la botica.

María ¡Padre!

Despedidlos.

Agus. ¡Calla! ¡Calla!

María Y se quedará.

Agus. Un abrazo.

Otro. Adiós.

(María se dirige llorando á su habitación y D. Agustín, visiblemente conmovido exclama.)

¡Hija del alma!

María (Creyendo que su padre accede á sus deseos, se dirige al foro llena de alegría.)

¡Rafael!

Jorge (Fuera.) ¡Don Agustín!

María ¡Ah!

Agus. (A María.) ¡Vete!

María (Esa voz me mata.)

Agus. (¿Qué iba yo á hacer?) ¡Atos, hija, y perdóname.

(Empuja suavemente á María, y después que la hace entrar en su habitación, dice.)

Ahora, calma.

(Corre al encuentro de los franceses.)

EL MOTIN



**¡Ay de mí, lo que me espera
cuando Doña Parca Fiera
se ponga á mi cabecera!**

JOSÉ NAKENS

ESCENA XI

D. AGUSTÍN, JORGE, OFICIALES.

Jorge Acá estamos todos.

Agus. ¡Oh!

Tanta merced... (A un oficial)
[Veterano...

(A otro.) ¿Qué tal?

Ofic. Bien.

Agus. (A otro.) Venga esa mano.

Jorge Este es monsieur Castilneau capitán del treinta y tres de línea. Buen oficial y valiente sin igual.

Agus. Dejara de ser francés.

Jorge (Al oficial aludido.)
¿Lo estás viendo? Afrancesado como ninguno.

Agus. Eso sí; pero no hablemos de mí. A la mesa.

Jorge Bien pensado.

Agus. (Viéndolos vacilar para elegir asiento.)
De cualquier modo Entre amigos...

Jorge ¿Y la niña?

Agus. En su aposento. Algo indispueta.

Jorge Yo siento...

Agus. ¿A qué importunos testigos? Para celebrar el día que ocupa en la patria historia la página de más gloria...

Jorge ¿De qué patria?

Agus. De la mía, —de la nuestra;—es necesario ante todo, libertad.

Ofic. Dice muy bien.

Otro Es verdad.

Agus. Hoy, primer aniversario de la más fiera matanza que diez ó á un pueblo valiente; hoy que la española gente suspira por la venganza; hoy que el dolor y el quebranto extienden aquí su imperio y España es un cementerio que anegan olas de llanto; hoy, Dos de Mayo, yo hombre, yo español, con arrogancia exclamó: ¡Muera la Francia...

(Transición)

antes que empañar su nombre!

Todos ¡Ah!

Agus. ¿Y el vino? Entusiasmado porque de la Francia hablaba de serviros me olvidaba. ¡Si seré yo afrancesado!

(Mientras les sirve, Rafael cierra la puerta del foro que da á la botica.)

Para impedir que á pretexto de entrar por una receta aquí algún necio se meta, lo he dispuesto.

Jorge Bien dispuesto.

(Brindando.)

Por vos, monsieur Agustín.

Agus. ¡Por la Francia!

Todos ¡Vitor! ¡Bien!

Agus. Y al que brinde por Bailén, por Pavía ó San Quintín...

(Advirtiendo disgusto en los franceses.)

¡Otra copa! ¡Muera Europa y viva la Francia!

Todos ¡Viva!

Agus. ¿Estamos listos? Arriba.

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Vaya otra copa.

Jorge ¿De qué os reis?

Agus. ¡Pesch!, de nada:

de una de las necedades que se tienen por verdades en esta tierra atrasada.

La nobleza y el valor en la sangre se transmiten dicen algunos, y admiten como verdad este error.

¿Quién, al verme aquí, diría que en línea recta descendiendo de un antifrancés tremendo?

Nadie. Sí, de un tal García de Paredes. Un Sansón, un Hércules. Se afirmaba que su fuerza aún no igualaba á su grande corazón.

Acabar con un francés lo hallaba tan hacedero, que ni sacaba el acero: lo mataba de un revés.

Trescientos mató en un día, allá en Italia; tomó á Ceriñola y se halló con el César en Pavía.

Allí hicimos prisionero á un rey de Francia; su espada há poco nos fué robada por Murat el posadero.

(Los franceses intentan hablar, pero don Agustín empuña convulsivamente el vaso, y exclama:)

Reniego de mi ascendiente, que fué un imbécil; prescindo de sus hazañas, y brindo por Bonaparte!

Todos Corriente.

Agus. ¡Que viva, pues, Bonaparte!

Todos ¡Viva!

Agus. Ese azote del mundo...

(Transición)

Ese genio sin segundo, émulo digno de Marte!

¡Si el animal de mi abuelo levantara la cabeza, y mirara su nobleza y su valor por el suelo!

Todos ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Agus. Si ser pudiese

que la tumba abandonase y en este aposento entrase y con vosotros me viese:

«¡Apóstata! me diría, de la gloria y el valor, que arrastras así mi honor por el cieno de la orgía; despreciable renegado de la religión sagrada de la patria, hoy profanada por ese pueblo menguado, que donde la planta posa imprime sangrienta huella, que á la virgen atropelló, mancha el honor de la esposa, inmola al inerte anciano, incendia las poblaciones, y pretende hacer girones la historia del pueblo hispano: miserable paricida, que mientras tu patria muere, besas del vil que la hiere la mano en sangre teñida; dame el nombre venerado que cual infame ladrón

estampaste en tu blasón, y llámate afrancesado.» Así mi abuelo hablaría si descendiese del cielo, á al escuchar á mi abuelo, yo, ¡ja, ja!, me reiría.

Jorge Tenéis un semblante extraño.

Agus. ¡Extraño! Bebamos, pues. Hoy debe todo francés estar contento. (Les sirve.)

Hace un año

que en franca y terrible lid vencimos á la canalla.

¡Qué bien barrió la metralla á los hijos de Madrid!

Sin más armas que sus brazos furiosos acometían, y ¡qué cobardes! caían deshechos á metrallazos.

Sedientos de patriotismo, los de las filas postreras

ansiaban que las primeras se hundiesen en el abismo,

para avanzar, y sufrir la pena del avanzar:

¡tenían hambre de matar!

¡tenían hambre de morir!

Y el invasor asesino en su impotente coraje

cedió ante aquel paisanaje más de una vez. ¡Venga vino!

(Alargándole las botellas envenenadas.)

Jorge Allá va.

Agus. No, de esas no... de aquellas. (Si no me atrevo)

Jorge ¿Y vos, no bebeis?

Agus. Si bebo.

(A un oficial.)

Jorge ¿Recuerdas cuánto costó acabar con aquel grupo que mandaba aquel chiquille?

Ofic. Sí.

Jorge Ya mereció el muy pillo la suerte que al fin le cupo.

Agus. Contad.

Jorge Ellos eran pocos, y con malas escopetas, pero dos horas completas se batieron como locos.

Agus. Proseguid.

Jorge A un regimiento hicieron retroceder junto al Parque. No creo ver luchar con más ardimiento.

Agus. ¿Y qué sucedió?

Jorge Que al cabo los dos únicos que estaban ya de pie...

Agus. ¡Dos, y luchaban!

Jorge Se rindieron.

Agus. ¡Bravo! ¡bravo!

¿Y aquel chiquillo?...

Jorge ¿Manuel?

Agus. ¿Manuel decis?

Jorge Creo que así le nombraban.

Agus. ¿Alt.?

Jorge Sí; moreno, delgado.

Agus. (¡El!)

¿Y sucumbió?

Jorge Al otro día lo fusilamos.

Agus. ¡Botellas!

(Jorge le da de las no envenenadas.)

(¡Y aún dudó!) No, no; de aquellas.
(Lo mismo que yo sabía.)
Jorge Don Agustín, ¡por los veinte
que llevo á cuenta en España!
Agus. ¡Veinte!
Jorge Sí.
Agus. ¡Oh! No me extraña;
tenéis fama de valiente.
Jorge Y por los treinta ó cuarenta
que aun pienso matar.
Agus. (¡Y yo
que vacilaba! No, no...
Es una burla sangrienta
que pone en el pecho espanto.)
Vaciemos unas botellas.
De aquellas.
(Señalando á las envenenadas.)
Jorge ¡Por fin!
Agus. De aquellas.
(No puedo ya sufrir tanto.)
(Les sirve.)

ESCENA XII

DICHOS, MARÍA, saliendo lateral izquierdo.
María ¡Padre!
Agus. ¿Qué vienes á hacer?
Ofic. ¡Hermosa!
Jorge ¡Niña!
Agus. ¡María!
María ¿No escuchais la gritería?
A mi me hace estreñecer.
Jorge No temas.
María El pueblo en masa
con palos, picas y hoces
y dando gritos feroces
se encuentra enfrente de casa.
Agus. Se divierte.
María ¡Ay, padre mío!
Agus. Retírate sin tardar.
María No, que acaban de gritar:
¡muera el traidor, el judío!
Agus. No espor mí. Nada te inquiete.
María ¡Ay, sí, que también han dado
muertas al afrancesado!
Agus. (Que desde que entró su hija ha estado
observando los cuchicheos y las sonrisas
maliciosas de los franceses, coge á María
del brazo, y con suave violencia la lleva á
su habitación y deja puesta la llave des-
pués de darle una vuelta.)
¡Vete, que no es por mí, vete!

ESCENA XIII

DICHOS, menos MARÍA

Agus. Señores, siga la fiesta
y no tomar esto en serio.
Jorge El águila del Imperio
protege la casa esta.
Agus. Es ese pueblo impotente,
esa harapienta canalla
que en el campo de batalla
combate estúpidamente
por arrojar de este suelo
á la canalla francesa;
—son sus frases— gente de esa
digna en todo de mi abuelo,
que cree en el honor, la gloria,
la patria y la religión,
y se forja la ilusión
de arrancarnos la victoria.
Jorge ¡Ja, ja! ¡Vencer á la Francia!
Agus. Como otras veces... (Transición.)
¿Y el vino? (Les sirve.)

¡Vencernos! ¡Qué desatino!
¡Y este pueblo! ¡El de Numancia!
(Dice el último verso con voz tan honda y
sepulcral, que los Oficiales se miran alar-
mados.)
Jorge ¿Qué ha dicho?

ESCENA XIV

DICHOS, RAFAEL, saliendo.
Raf. ¡Don Agustín,
el pueblo está amotinado!
Ofic. ¿Qué?
Voz (Lejana) ¡Muera el afrancesado!
Voces (Id.) ¡Muera!
Raf. ¡Ah! ¿Lo véis al fin?
(D. Agustín completamente abstraído, no
escucha á Rafael. Los franceses tratan de
sacar penosamente los sables sin moverse
de las sillas.)
Agus. ¡Que vengan!
Jorge (A un Oficial) ¡No te atravieses!
Raf. Huid. Vuestra muerte es cierta.
Voces ¡Muera!
Raf. ¡Por aquella puerta!
¡Que penetran ya!
Agus. (Tendiendo en torno suyo una mirada de
inexplicable júbilo.)
¡Franceses!
Si viérais á Francia un día
por el extranjero hollada
buscando desesperada
salvación en su energía;
si á la llama del incendio
viérais á vuestras esposas
y á vuestras madres, llorosas
lamentar su vilipendio;
si el mundo los ojos fijos
en vuestra nación tuviera
y de vosotros pendiera
el honor de vuestros hijos
de patria y gloria sedientos,
y estuviera en vuestras manos
librar á vuestros hermanos
de oprobios y de tormentos
dando en cambio vuestra vida,
deciú, si tal día llegase
¿habría alguno que dudase
en aceptar la partida?
(Durante la anterior situación, ha ido
acercándose el ruido.)

Voces ¡Muera!
Raf. ¡Que entran!...
Agus. Ya tardan.
María (Dentro.) ¡Padre!
Agus. (Señalando á Rafael la puerta del foro.)
Alií.
(Al ver que Rafael abre la puerta á María)
¡No, no!

ESCENA XV

DICHOS, MARÍA

Agus. ¡María!
María (Arrojándose en brazos de su padre.)
¡Huid, por Dios!
Agus. ¡Hija mía!
(Mirando al foro con desesperación.)
¿A qué aguardan? ¿A qué aguardan?
(A Raf.) Abre esa puerta ¡por Cristo!
que quiero que en mí concentren
sus miradas. Sí, que entren
á ver lo que nunca han visto.
Entren á ver un ejemplo
de morir por la nación,
abrazado cual Sansón
á las columnas del templo!
María ¡Ah!

Voces ¡Muera el traidor!
(Con tal actitud, tal fisonomía, que de-
tiene á la muchedumbre exclama.)
¡Atrás!
Me he fingido afrancesado.
Y ¡ved! los he envenenado.
¡Estos no matan ya más!
Todos ¡Envenenados!
(El pueblo se acerca á los convidados, los
examina, y ve que la mayor parte agonizan
silenciosamente con los brazos y la
cabeza extendidos sobre la mesa y las ma-
nos crispadas sobre la empuñadura de los
sables.)
Agus. (A Rafael.) Y bien...
Ya velar por ella puedes.
Pueb. ¡Viva García de Paredes!
Agus. No vive. ¡Muere también!
Raf. ¿Opio?
Agus. Sí.
Raf. (Dirigiéndose á la botica.)
¡Apartad!
Espero...
si aún es tiempo...
¿Dónde vas?

Raf. A salvaros.
Agus. No, jamás.
Yo debo morir, y muero.
Aun siendo por patriotismo...
la traición... siempre es un crimen
de los que no se redimen;
pero cuando... en el abismo
que abre á sus pies... el traidor
con la víctima se lanza...
si á redimirse no alcanza
inspira... menos horror.
(Cae de rodillas después de dar un beso
en la frente á su hija y de apoyarla en el
brazo de Rafael. Dos ó tres mujeres lo sos-
tienen en sus brazos colmándole de ca-
ricias, mientras algunos hombres cogen
las luces de la mesa y alumbran el grupo.
Todos se arrojan.)

ESCENA XVI

DICHOS, FRAY PEDRO por el foro.

Fr. P. ¡Paso! ¡Agustín!
Agus. ¡Pedro!
Fr. P. (Comprendiendo lo sucedido y como re-
prendiéndose por no haberlo adivinado.)
¡Ah!
¡Ciego!
Agus. (Sonriéndose.) Sí... Tu bendición...
Y a ellos... también...
Fr. P. (Bendiciéndole.) Su perdón
el cielo te otorgará.
Agus. (A fray Pedro señalando á María)
Su padre... tú... Y... Rafael...
Raf. Su esposo.
Agus. ¡Qué luz... extrañir...
y... pura... (Señalando al cielo.)
¡Allí!... ¡Mi hijo!... ¡España!...
Es... pa... ña... (Espira.)
Fr. P. (Incorporándose después de convencerse
de que ha muerto.) ¡Rogad por él!

CUADRO FINAL

OBRAS TEATRALES
EN VENTA

DIOS, PATRIA Y REY
¡OJO AL CRISTO!
Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO
por JOSÉ NAKENS, A PESETA CADA UNA

¿Lo que me espera!

Cuando pienso en la horripilante escena dibujada en la quinta plana de este número, repito con Job:

«Perezca el día en que yo nací.
Y la noche que se dijo: «Varón es concebido.»

«Por cuanto no cerró las puertas del vientre donde yo estaba.

«Por qué no morí yo desde la matriz,
O fui traspasado en saliendo del vientre?

Porque ahora yaciera yo y reposara.»
Y como la tremenda visión de la quinta plana me acomete á menudo, continuamente estoy repitiendo esos apóstrofes de Job.

¡Horrible situación la mía! ¡Saber desde ahora que he de condenarme, y no poder abrigar siquiera la esperanza de que mis ojos, que la impiedad cegara, vislumbren embelesados un día la luz de la verdad divina, ó que mi corazón, endurecido por la blasfemia, se deshaga en lágrimas de arrepentimiento en aquella hora terrible que se divorcia el alma del cuerpo!...

Y saber esto, es ¡ay de mí!, sufrir por anticipado los martirios infernales.

Porque ¡oh! sí; yo tengo la seguridad absoluta de que hasta en el momento aquel he de conservar esta fuerza de voluntad maldita, que me permite afirmar desde hoy que no he de convertirme, así se junten ante mi lecho veinte escuadrones de ángeles de la Guarda en súplica de que les conceda permiso para ahuyentar á cintarazos los demonios que me rodeen, y así me cercquen cincuenta orfebres de arcángeles, serafines y querubines, cantándome las excelencias y delicias de la Jerusalén celestial.

Y conste que no digo esto por hacer alarde de valor estúpido; no. Pensar solamente en esa escena me horroriza; ¿qué no será cuando la vea realizada?

Verme tendido en el lecho, debilitado el pulso, apagados los nervios, con los músculos flácidos, el corazón desacompasado, el aliento fatigoso, la vista turbia, la voz balbuciente, pero conservando, no obstante, la necesaria lucidez en el cerebro para hacerme cargo de todo aquel infernal espectáculo!...

¡Oh!... ¡Es horrible!... ¡Es horrible!... Un demonio agarrado á un barrote de mi cama, en acecho de mi último suspiro, para arrojarle como una fiera sobre mí, y despedazarme en el momento mismo que lo exhale!...

Otros dos estrujándome los brazos y pareciendo decirme con sus siniestras miradas: «¿Cuándo acabarás, maldito?»

Otro con el tridente en las manos dispuesto á clavármelo furioso!...

Este á la derecha preparando un baño de plomo derretido para zambullirme inmediatamente en él, por parecerle demasiado aplazamiento los cinco ó seis minutos que tarde en llegar al infierno!...

A la izquierda otros, más impacientes todavía, rociándome con gotas de pez hirviendo, antes que mi alma y mi cuerpo se hayan dado el último adiós ó lanzado el postrer insulto!...

Y todo esto visto á través de luces rojas, verdes y amarillas que difunden antorchas invisibles, respirando azufre, sudoroso, temblando, aterrado, sin alientos ya ni para invocar á Dios, ni para maldecirle al menos!...

¡Es horrible!... ¡Es horrible!...

¡Oh, vosotros los que tenéis la soberana dicha de creer todo lo que cree y enseña la Iglesia:

Que Dios hizo la tierra y le dió por techumbre millares de mundos, cada uno mayor que ella.

Que es justo, y castiga en los hijos las faltas de los padres.

Que es poderoso, y no ha conseguido que el mundo mejore, á pesar de haber mandado aquí su hijo con ese objeto.

Que es misericordioso, y no perdona, que es piadoso, y manda pasar á cuchillo los habitantes de ciudades enteras sin atender á edad, sexo, clase ni condición.

Y descendiendo en concepto y estilo para ponerme un momento al unísono con quienes miden á Dios por el rasero de su propia pequeñez:

Que es omnipotente, y necesita que lo defiendan los beatos.

Que es tolerante, y se suflura al ver á un católico comerse una chuleta en día de vigilia.

Que tiene en poco la riqueza, y abre las puertas del cielo al que deja al morir una cantidad decente para misas.

Que es inmutable, y se deja ablandar con ruegos y oraciones.

Que perdona las ofensas, y aún no ha indultado á Luzbel!...

¡Oh, vosotros, repito, los que creéis todo eso, y por creerlo tenéis asegurada la bienaventuranza eterna!

Compadece á este desventurado que no logró nunca refrescar sus fauces en las aguas puras de la fe y que, abrigando la convicción firmísima de que al morir comenzará á sufrir el eterno dolor sin lenitivo, no se decide á caer de rodillas, elevar los ojos al cielo, cruzar las manos, y exclamar con voz salida del fondo de sus desgarradas entrañas:

«¡Señor, Señor! Perdóname, pues vuelvo á Ti!

«Tú, en quien hallan gracia todos los infames en sus múltiples variedades y categorías; lo mismo el que escarnece á su padre, que el que abandona á su hijo; el que vende á su hermano, que el que lo despoja; el que roba á la viuda, que el que quita el pan al huérfano; el que asesina con el puñal, que el que mata con la calumnia; el que trafica con la sangre de tu Hijo, que el que pone á réditos tu justicia; todos, en fin, los que viven y medran á costa de la desgracia y la ignorancia.

«Y que hallan gracia en Ti, y los llevas á tu reino, y los colocas á tu diestra, sólo con que á la hora de la muerte, cuando no puedan ya cometer ni un crimen más, digan á un sacerdote que se arrepienten de cuanto mal han hecho, sin obligarse siquiera á reparar aquella parte que todavía fuese remediable.

«Vas á negarme á mí, Señor Justo y Misericordioso, el perdón que á tus plantas imploro, contrito y arrepentido, únicamente por haber deificado mi vida á la realización de un imposible: moralizar á los que engañan, explotan y degradan á la Humanidad tomando en boca tu santo nombre?»

Con decir esto á la hora de morir, mi salvación era segura. Sin embargo, me resisto á hacerlo. ¿Por qué? Lo ignoro. El corazón humano es un abismo. Quizás sea por el vano orgullo de no contradecirme... Acaso porque no se crea que el miedo me inspira la retractación...

Mas sea por lo que fuere, moriré infeso, y Satanás será conmigo.

¡Llorad por mí, hijas de Sión!...

... Pero ¡ay! ¿Qué es lo que siento?... ¡Jamas experimenté emoción tan extraña.

En mi cerebro se confunden las ideas!...

¡Mi corazón acelera sus compases!... ¡Mis sienes estallan!... ¡Mi pulso tiembla!...

¡Si se acercará mi última hora y serán estos los síntomas precursores del inabable castigo que me aguarda!...

¡Acorredme, cielos piadosos!...

¡Favor!... ¡Socorro!... ¡Piedad!... ¡Misericordial!...

... ¿Qué es lo que veo? ¿De dónde viene esta luz suave que me inunda?...

¿Si será la que vió Saulo en el camino de Damasco? ¿Si me transformaré á estas alturas en un segundo San Pablo?...

¡Chist!... ¡Silencio!... A ver si resuena esta voz del cielo que él oyó temblando y temeroso:

«Yo soy Jesús á quien tú persigues; dura cosa es dar coces contra el agu'jón.»

De mal gusto es la frase, aun puesta en boca de un Dios, pero... ¡que yo la oiga, que yo la oiga!... Ella tal vez me decidiría á convertirme!...

... ¡Nada!... ¡La voz no resuena!... ¡Estoy perdido!... ¡Condenado por toda la eternidad!...

¡Horror!... ¡Horror!...

Y bien mirado, ¿por qué no arrepentirme, aunque no oiga la voz? ¿O voy á andar con exigencias ni etiquetas tratándose de mi salvación eterna?...

... No vacilo más... Me arrepiento.

Queda, por lo tanto, retirada la afirmación insensata de que no lo haría!...

Denostadme, escupid sobre mi tumba, vosotros á quien pervertí con mis ponzoñosos escritos... Todos los malos se arrepienten al morir, y yo soy malo; perverso, mejor dicho. Preguntadlo en las sacristías y en los conventos. Y siéndolo, no tengo derecho á ser una excepción.

Espantaré, pues, los demonios que se me acercan al expirar, haciendo la señal de la cruz y llamando á un sacerdote.

¿Y si no puede venir, por estar de parto una monja de las que confiesa; y por no venir, no puedo confesarme; y por no confesarme, me condeno? ¿Qué hacer en tal caso?...

¡Ah! Me salvé. Acudir á los jesuitas que viven frente á mi casa: en el número 25.

¿Y si no puede venir ninguno, por haberse dedicado todos á fabricar bombas como hace años sus hermanos de Portugal, y estar en aquel momento crítico con las manos en la dinamita?

Entonces, entonces...

Que los diablos carguen conmigo.

Y sea lo que Dios quisiera,

JOSÉ NAKENS

Cien sonetos

Precio: UNA peseta.

Debe enviarse también 25 céntimos para el certificado.